
Las relaciones México-Estados Unidos

*John D. Negroponte**

Desde que abrió sus puertas en 1975, el Instituto Matías Romero ha gozado de una excelente reputación internacional por la preparación que da a los diplomáticos mexicanos.

John F. Kennedy dijo acerca de un estadista muy conocido de mi país que esta persona había enseñado “a casi toda una generación que hay lugar para la inteligencia y el idealismo en el servicio público, de manera que cada uno de nosotros puede compartir las emociones del tiempo que vivimos”. Creo que lo mismo puede decirse acerca del Instituto Matías Romero.

Durante las últimas décadas, se ha convertido en algo de moda en el mundo moderno el denigrar la importancia de la diplomacia—incluso de los embajadores. Con las comunicaciones del siglo xx, según dicen, los gobiernos pueden ponerse en contacto en forma directa y de esta manera reemplazar a los embajadores con máquinas para enviar y recibir facsímiles. Independientemente de lo errado de este razonamiento, concederé que en parte tiene razón. Como ministro del Congreso Continental ante el gobierno francés durante nuestra guerra de independencia—cuando las comunicaciones se movían a la velocidad de un barco de vela o de un buen caballo—, Benjamín Franklin sin duda disfrutaba de una autoridad e independencia de acción que serían la envidia de cualquier embajador mexicano o estadounidense en los tiempos modernos.

Sin embargo, antes de que ustedes renuncien por esto a su promisoriosa carrera, piensen también acerca de los asuntos que no trató Benjamín Franklin—cuya amplitud y profundidad de intelecto era bien conocida—y que por tanto hubiera disfrutado abordándolos: la economía del desarrollo, cuestiones de interés ambiental a nivel internacional, combate al comercio internacional de narcóticos, protección de los derechos de propiedad intelectual, asuntos de salud a nivel internacional, y los intercambios artísticos, educativos y culturales, entre otros temas. La lista prácticamente no tiene fin.

* Embajador de los Estados Unidos de América en México.

Por otra parte, Benjamín Franklin no habría tenido que preocuparse acerca de cuál era la reacción instantánea a la más reciente conferencia de prensa de George III o de George Washington, que había sido transmitida por televisión. Tampoco tenía preocupación sobre lo que las personas en Asia, África o incluso América Latina pensaban en torno a los levantamientos revolucionarios en las 13 colonias.

Con los cambios en las sociedades y las tecnologías modernas —y el fin de la guerra fría— creo que nos encontramos en el inicio de una nueva era en la diplomacia que alberga retos que sólo hemos comenzado a imaginarnos. Vivimos una oportunidad casi única de ver el nacimiento de esta nueva etapa en las relaciones entre México y Estados Unidos.

No existe una relación más compleja ni más moderna que la que ahora se da entre nuestras dos naciones. Es el modelo de un futuro mundial que apenas estamos comenzando a entender.

Por ello, deseo referirme a un cambio profundo y positivo. Hay muchas razones para el cambio, la mayor parte de ellas tienen implicaciones a nivel mundial. Sin embargo, existe un factor especial que compartimos en América del Norte y que consiste en el nuevo despertar político de la comunidad hispana en Estados Unidos. En la actualidad, esta última consta de más de 22 000 000 de personas; es el mayor grupo en su género en el país. Alrededor de 15 000 000 de sus miembros son de ascendencia mexicana, lo cual significa que la población legal de mexicano-estadunidenses en Estados Unidos es aproximadamente igual al número de mexicanos que habitaban México durante la Revolución.

Estas cifras son impresionantes, y el crecimiento correspondiente de la influencia política de este grupo no es menos relevante, dado que la comunidad hispana en Estados Unidos ha empezado a entrar en la arena política con determinación, y ahora está demandando que se dé mayor y más cuidadosa atención a México y a América Latina. Los resultados recientes de las elecciones primarias en la ciudad de Nueva York y en otras partes del país indican que ésta es una tendencia que se acelerará.

Este fenómeno ha contribuido a hacer que la relación entre México y Estados Unidos sea un paradigma de la aún presente orientación norte-sur. De igual forma, la evolución independiente de México se ha basado en reformas revolucionarias y de gran envergadura: la decisión de adherirse al GATT, de rechazar el modelo de sustitución de importaciones, de reducir las barreras arancelarias y no arancelarias, de implantar políticas fiscales que controlen la inflación, de desarrollar una moneda estable y completamente convertible, y de promover un ambiente que atraiga la inversión extranjera a través del énfasis en la desregulación y la privatización.

Las relaciones mexicano-estadunidenses no son en el presente lo que eran hace dos décadas o incluso una. Están avanzando, inexorablemente, en una dirección positiva. Donde una vez vimos problemas, hoy vemos oportunidades. Donde alguna vez nos sentimos inclinados a amenazar —o lo que es peor, a mantener un silencio de acero—, hoy encontramos diálogo y acción constructivas. Todos los indicios apuntan hacia un progreso continuo.

Éste es el hecho innegable: actualmente, en áreas muy divergentes, nos encontramos realizando de manera conjunta cosas que nuestros predecesores en ambos países no hubieran soñado ni aun podían haber imaginado. Estos logros *están haciendo* que la vida de nuestros pueblos sea mejor, también están fortaleciendo las bases de las mejoras que aún están por suceder en el futuro.

Sin duda, la negociación expedita del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte es la medida más sobresaliente de nuestro compromiso bilateral con nuestro progreso mutuo.

Este acuerdo continúa siendo motivo de admiración a causa de su asombroso alcance. Unirá a 360 000 000 de productores y consumidores y a tres naciones con un producto interno bruto combinado de seis billones de dólares al año. Eliminaré los aranceles y otras barreras comerciales entre los signatarios, y también aumentará la inversión. Contribuiré de manera significativa a mantener y aumentar la competitividad de la región norteamericana en los mercados mundiales a lo largo de los años y las décadas futuras. Y, más importante, generará crecimiento económico en los tres países, abriendo nuevas avenidas de oportunidades y proyectos.

Todavía más, influirá asimismo en muchas otras áreas de importancia en la agenda bilateral entre México y Estados Unidos, incluyendo aquellas que están surgiendo como los retos más relevantes para las generaciones futuras.

Tocante a la protección ambiental, por ejemplo, el acuerdo profundiza e intensifica el enfoque de nuestros esfuerzos conjuntos, que ya están en marcha independientemente del acuerdo. Estos esfuerzos eran bastante impresionantes y elogiados con justicia.

Estados Unidos y México han desarrollado uno de los empeños de cooperación ambiental más amplios del mundo. Hemos puesto en práctica programas relativos a normas ambientales y al cumplimiento de las mismas, a la conservación de los bosques tropicales y también con respecto a la cooperación del sector privado.

En febrero de 1992, iniciamos un plan ambiental para conservar y proteger nuestra frontera común. Ambos países han comprometido cientos de millones de dólares a los esfuerzos encaminados a hacer que la región fronteriza sea un lugar limpio y saludable para nuestros hijos y para sus hijos. En lo que concierne

a otro lugar lejos de la frontera, el Laboratorio Nacional de los Álamos trabaja con autoridades mexicanas para elaborar un modelo computarizado que ayudará a reducir —y a la larga a revertir— los efectos de los problemas de contaminación de la Ciudad de México.

Los observadores esperan que el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte no sólo apoyará estos esfuerzos bilaterales que ya se están dando en relación con la protección del ambiente, sino que alentará el que se dé una atención aún mayor a salvaguardar en el futuro el medio ambiente a todos los niveles. Por eso, la simple existencia del acuerdo ha conducido al establecimiento de una comisión binacional para intercambiar información sobre cómo controlar la contaminación. Asimismo, ha alentado a nuestros dos gobiernos a asegurar repetidamente a las generaciones actuales y futuras que no van a obtenerse las nuevas inversiones que se esperan a través de una reducción de las normas ambientales o de ignorar el cumplimiento de las leyes.

Nuestro historial es igualmente impresionante por lo que toca al área de los intercambios culturales. No se trata de un tema del acuerdo, sino de una consecuencia de los mismos impulsos de cooperación, del mismo reconocimiento del beneficio mutuo, que hicieron posible el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte. No hay otras dos naciones en el mundo que estén involucradas de forma tan intensa en esta área.

La nueva e importante exposición “Azteca: el mundo de Moctezuma”, que se exhibe en Denver, Colorado, es la más extensa presentación en su género que el gobierno de México haya permitido que salga del país. Hace 10 años, hubiera sido inconcebible haberla presentado. Hoy, sin embargo, es sólo una de las 20 exposiciones de esa naturaleza que se mostrarán en Estados Unidos en el transcurso de los próximos dos años.

La polinización cultural en ambos sentidos entre nuestras dos naciones se ha convertido en algo institucional en otros campos a tal punto que nunca han sido mayores las oportunidades para maestros, estudiantes e investigadores. En 1990, nuestros dos gobiernos crearon la Comisión México-Estados Unidos para el Intercambio Educativo y Cultural. Desde entonces, este grupo de miras avanzadas ha duplicado el número de las becas de posgrado que ofrece, al superar las 300 becas anuales. Además, tres importantes líderes del sector privado, miembros de la comisión, han creado la Fundación Estados Unidos-México para intercambios Educativos y Culturales, la cual recauda fondos en Estados Unidos con el fin de apoyar los programas de la Comisión Binacional en las áreas de las ciencias básicas y ambientales, la salud pública, las humanidades y las artes creativas.

Permítanme relacionar ahora este análisis con la carrera diplomática. A medida que el mundo ha cambiado, a medida que ha evolucionado esta relación bilateral, también se han incrementado las responsabilidades de los diplomáticos. Sobre éstos recaerán muchas de las responsabilidades tradicionales pero, además, mucho más.

Una de las tareas primordiales que probablemente tengan que emprender es reflejo del nuevo énfasis global en el comercio. Cuando recibí la licenciatura en la universidad, el nivel del comercio en proporción con el producto nacional bruto de mi país era menor al 5%. En la actualidad, ese nivel se acerca al 15% de nuestro producto nacional bruto en 1990, alrededor de 88% de todo el crecimiento económico en Estados Unidos se debió al comercio internacional. Muchos otros países comparten esta tendencia.

La SECOFI ha reconocido las implicaciones de esta realidad y ha establecido oficinas en Estados Unidos con el fin de capitalizar la proximidad y calidad que ofrece el mercado estadounidense. De manera que el perfil más relevante que tiene ahora el comercio internacional significa que también ustedes deben convertirse en funcionarios comerciales, promoviendo la industria exportadora mexicana y buscando contrapartes extranjeras que puedan ayudar a que México continúe su crecimiento.

Otra de las crecientes responsabilidades de la diplomacia mexicana será la de asegurar el bienestar de sus compatriotas en Estados Unidos. Pocos temas en la agenda bilateral entre nuestros países dan origen a tanta retórica en los medios de comunicación y a tanta falta de entendimiento entre nuestros respectivos pueblos.

Nuestros dos gobiernos saben que estamos avanzando en este campo. La Secretaría de Relaciones Exteriores ha creado una oficina responsable de mantener nexos con las comunidades de mexicano-estadunidenses en Estados Unidos, y el diálogo que sostenemos en la frontera indica que la violencia en esa región ha disminuido en términos reales. Sin embargo, la presencia de 15 000 000 de mexicano-estadunidenses, la existencia de una gran fuerza laboral mexicana transitoria en Estados Unidos, el tránsito legal en nuestra frontera con 250 000 000 de cruces al año y el hecho de que compartimos una frontera común de 2 000 millas de extensión, indican que continuarán los incidentes. No obstante, la apertura que ahora caracteriza nuestra relación bilateral garantiza que los asuntos relativos a la seguridad seguirán teniendo, en la nueva diplomacia, una prioridad que no poseían antes.

La relación bilateral que hoy da lugar a un intercambio de personas tan intenso y profundo también alienta, como lo indiqué con anterioridad, extensos intercambios en la cultura y la enseñanza. Estos intercambios han contribuido de

manera fundamental a las nuevas actitudes que ahora caracterizan nuestra relación. Han demandado nuestra atención, han sido catalizadores de nuestro diálogo, han promovido un mayor grado de comprensión mutua. Su éxito nos predice que seguirán teniendo aportaciones positivas. Y parte de las responsabilidades de ustedes será también nutrir y promover estos intercambios.

Estamos en el umbral de una nueva era, con una panorámica norte-sur que parece extenderse hasta el infinito. Se ha comenzado a ver logros que se originan en la aplicación de esa perspectiva a la relación entre México y Estados Unidos. Los lineamientos de esta dinámica son cada vez más claros. Nuestro sentido de un propósito común, que nos ha conducido al Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, permite que ese mismo acuerdo tenga una influencia recíproca en muchas otras áreas de importancia para nuestra agenda bilateral.

El espíritu de mutualidad alienta el intercambio cultural y educativo a niveles más amplios, lo que conduce a un mayor entendimiento entre nuestros pueblos. A su vez, una mayor comprensión promueve un sentido de mutualidad aún mayor. Dentro de esta relación fresca y progresista, cada acción cooperativa tiene repercusiones profundas y positivas en otras áreas de la acción bilateral.